

Andrés Rivera

La sierva





Seix Barral

Andrés Rivera

La sierva

Prólogo de María Teresa Andruetto

I

No soy como él, que tiene palabras —y palabras lujosas— para nombrar lo que piensa. A mí, las palabras me cuestan.

Sé lo que hice. Parpadeo, y lo que hice aparece en mis ojos. Ocurre en mis ojos. Pero los ojos no tienen lengua.

¿Cuál es el nombre de lo que hice? ¿Error? ¿Equivocación? ¿Atroci­dad, palabra que él usa tanto como pan, como vino, como caballeros?

Cualquiera sea la palabra que designa lo que hice, lo hice yo. Y si lo hice yo, y no hubo nadie que compartiera lo que hice, o nada ajeno a mí que me incitara a hacerlo, es porque quise hacerlo yo.

Sé que era una tarde, que era invierno, y que él, desde su sillón, me dijo que agregara unos leños al fuego, y me preguntó, la cara sin arrugas, que no reía, impasible, si lo montaría.

Lo miré: Bedoya no bromeaba, no estaba loco, ni lo estará, a menos que decida que Buenos Aires, y este país, dejaron de ser los lugares que los recuerdos de su imaginación pueden identificar. Bedoya no estaba loco esa

tarde de invierno. No más loco de lo que siempre estuvo. No más loco que yo.

Esperé. Lo vi caminar hasta el hogar, y extender las manos hacia las llamas, cada vez más azules y anaranjadas y amarillas y, después, alto, delgado, la cara sin arrugas, serena, impasible, todavía bella, y tensa la piel alrededor de los huesos de la mandíbula, dio la espalda al fuego, y me dijo que en Croisset solían reunirse Flaubert, el dueño de casa, los hermanos Goncourt, el joven Maupassant (cuando no traficaba los favores de una puta), Turguénev y el joven Zola. Y que, en una de esas veladas, ausente la mamá de Flaubert, el joven Zola, en cuatro patas, mostró, serio, cómo Naná montaba sobre el lomo de un gran burgués. Zola, en cuatro patas, la cabeza un poco más alta que los hombros, los faldones de la chaqueta abriéndose sobre su trasero, la lengua cubierta por una saliva espesa, blanquecina, dijo que Naná es la favorita de los dueños de Francia, y que, por lo tanto, abomina de la literatura.

Zola se puso de pie, se limpió las manos con un pañuelo, y hubo un silencio algo incómodo. Flaubert rio, dijo Bedoya, y su risa fue agria y maligna, y su voz de bajo sonó como insatisfecha, como si despreciase su pasión por los epigramas: La idiotez es connatural al poder. Y eso, dijo Bedoya, no nos consoló, no provocó nuestro asentimiento, ni cebó nuestro ingenio en la vulgar obscenidad de los burgueses, y en sus deplorables fantasías. Aún creíamos que lo imposible no existía.

Bedoya recordó que el joven Maupassant, que se acercaba como un hermoso y empecinado animal a la insania, preguntó, sonriente, la voz como un silbido ominoso, dónde se podía encontrar a Naná.

Vos sos Naná, dijo Bedoya, y rio como él sabe hacerlo. Y, lectores de folletines sentimentales, digamos que, en esta noche, todo es posible. Aun considerarnos inmortales. Y Bedoya volvió a largar esa risita untuosa y retobada que le asoma a los ojos, y que emputece lo que sea que mire. Y diga. Y piense.

Y Bedoya, con esa risita untuosa y retobada en los ojos, se quitó la chaqueta, y yo sé que era invierno, y que hacía calor en la habitación a esa hora incierta del anochecer, y que éramos él y yo, allí, en esa habitación, y que esa habitación era el mundo, y lo que hubiese fuera de esa habitación era nada y nada. Y nada. Eso sé hoy. Y lo supe después de esa noche cuando, después de esa noche, pensé en esa noche y busqué las palabras que identificaran, inapelables, esa noche.

Montame, dijo Bedoya.

Desnudate, le dije. En pelotas te quiero.

Busqué unas espuelas y una fusta. Y lo monté. Me afirmé sobre su lomo, le clavé una mano en el pelo, y le di con la fusta en la grupa, y lo taloneé.

Vamos, le grité, y él corcoveó, y yo volví a darle con la fusta, y él galopó en círculo, como galoparon los grandes de Francia montados por Naná, y como esos sigilosos maricones de Flaubert y Maupassant desearon verla montada. Como si esperasen que las palabras en el papel fueran más verdaderas que las humillaciones de la doma.

El lomo de Bedoya era, entonces, largo y flaco y flexible, sin grasa, y joven como su cara, y estaba mojado por el sudor. Y, también, el cuello, el pelo y los muslos, los brazos, la cara.

Seguimos, le pregunté.

Él jadeó:

Siga. Siga.

Crucé mis piernas sobre su vientre, y con las espuelas alcancé a tocarle la verga, fina y erecta. Él corcoveó y bufó. Yo le bajé las ganas de tirarme a punta de fusta. Le azoté el cuello y los hombros, que brillaban, sudados, a la luz de la habitación y de los fuegos del hogar. Y volví a tocarle la verga con los tacos de las botas. Él se estremeció, y la espalda se le hundió, y yo le grité que no aflojara.

Y grité, esa noche, montada sobre un hombre, que yo era Naná, y no Emma, y que yo, Naná, me montaba a los grandes patronos de Francia.

Quise que él dijera que me monto a los grandes patronos de Francia.

¿Sí? ¿Me los monto?

No me contestó.

¿Sí?, pregunté, montada sobre Saúl Bedoya, patrón y juez, y grande de este país, y le crucé el cuello y los omóplatos con la fusta.

¿Sí?

Sí.

Yo me fui sobre su espalda. Y lo desmonté, vacía, floja, los ojos cerrados, con ganas de dormir.

Él, de pie, resoplaba con la boca entreabierta. El pecho, liso, con unos pocos pelos canosos sobre el esternón, subía y bajaba como si las costillas estuviesen a punto de estallar.

Yo, sentada en el suelo, de espaldas al hogar, desnuda, las piernas cruzadas, la entrepierna húmeda, que olía a pescado, y la fusta sobre las botas, le dije:

Sos una buena yegua.

Pensé, los ojos cerrados. Y por menos tiempo de lo que dura un segundo, que me iba a pegar. Quizá quise que me pegara, para que lo que dije quedara saldado. Bedoya no es Lucrecia: eso es lo que olvidé esa noche. Él está viejo, pero sabe mucho más de negocios que Lucrecia. Y lo que cuenta son los negocios a cargo de patrones como él, que montan al mundo. Y que, a veces, necesitan que los monte una mujer llamada Lucrecia.

Bedoya se sentó en su sillón, y dijo:

Encendeme un cigarro.

Se lo encendí.

Bedoya dijo:

Montaste por la derecha, chambona. A los caballos se los monta por la izquierda. Y a las yeguas. Pero vos no sos una yegua.

Vi, también, lo de siempre: cómo dos chorros de humo escapaban de los agujeros de su nariz, y cómo el humo le tapaba la cara. Y él, al rato, la cara astillada por el humo, dijo:

Lameme.

Empecé a lamerlo desde abajo.

Ella, cuando vaga, a solas, por la casa, se pregunta: ¿Por qué no me voy? ¿Por qué no me escapo? Él no cierra las puertas de la casa. Él, a veces, falta días enteros de la casa. Y cuando vuelve, aquí estoy, desnuda, a veces, y, a veces, con el collar de perro en el cuello, como una joya. Me le acerco, y él me espera con una sonrisa confiada en la boca, y yo hundo mi cabeza por entre sus rodillas, y lustro el collar contra sus piernas abiertas, y apoyada en

mis manos, y en la punta de mis pies, saco la lengua y se la paso por la bragueta.

Bueno, bueno, está bien, dice él. Ya estoy de vuelta...

¿Le tengo miedo, y por eso no me voy? Tampoco a eso puedo contestar: no sé qué es el miedo. Y no sé por qué me quedé todos estos años, en esta casa, como si fuera mía.

¿Acaso no lo es? No, no lo es. Es como si fuera mía, pero, todavía, no lo es.

Bedoya le dijo que patrona se nace. Y ella se quitó el antifaz, la cara inescrutable en la penumbra de la habitación, y aceptó que esa era la primera verdad del Evangelio, y lo miró, alto y rico, educado y rico, indefenso ante las abyecciones de la vejez, y pensó que él era una de las respuestas a por qué no se iba de esa casa.

¿Qué de él?

Él le preguntó qué haría ella si fuera patrona. Y se lo preguntó después de que ella dijo que nació patrona, como otros nacen jorobados, sin los dedos de una mano, con un pie más corto, pobres, idiotas, inteligentes, ricos. Y él se lo preguntó antes de que ella lo llamara yegua, antes de que él, entre los espasmos y las, tal vez, inacceptadas revelaciones de sus noches de enfermo, percibiera cómo sería ella con él cuando él apestará como apestan los viejos. Y se lo preguntó, preguntándose, en silencio, si esa imagen que percibió no era una desviación tortuosa de sus temores de anciano.

Ella le preguntó patrona de qué.

De una mujer. De una sirvienta, dijo Bedoya.

Haría que me diese de comer en la boca, dijo Lucrecia.

Nada más que eso, preguntó Bedoya.

Ella rio:

¿Se necesita algo más para ser patrona?

Bedoya le ofreció un cigarro y, después, se lo encendió, y encendió el suyo y, después, la miró, en silencio, hasta que acabaron los cigarros.

Esa noche, cuando el galope terminó, cuando terminé de lamerle el sudor de la panza, la cara, las orejas, la espalda y el culo, el agujero del culo, y las pelotas, y lo di vuelta, y puse mi boca, con gusto a sal, en la punta de su verga y, después, más adentro, él gritó como yo quise que gritara. Después, lo dejé junto a los fuegos de la chimenea, tirado en la alfombra, y me miré en el espejo. Vi, en el espejo, a una mujer joven, fuerte, con una buena boca y unos labios para mandar, y hombros anchos y rectos, piernas largas que pueden abrazar la panza de una yegua, y muslos carnosos, redondos, duros, y pantorrillas que se cierran, como un arco, sobre los tobillos. Me gustaron, esa noche, mis tobillos y mis dientes, y los dedos de mis pies, que alguien, alguna vez, besará. Como a Naná.

Pasé las manos por mis tetas de madre lechera, y por mi vientre, liso como la hoja de un cuchillo. Liso de arriba abajo. Me da placer pasarme las manos por el vientre.

Está bien: él no es Lucrecia. Y yo no soy Saúl Bedoya. Y lo que hago me sale de adentro del vientre. Cuando yo sea como Saúl Bedoya, lo que haga no me saldrá de adentro del vientre.

Él es un patrón, y yo soy una patrona desde que nací. Y voy a ser una patrona de mucho más que una sirvienta.

Bedoya dijo, como si no supiese, aún, para qué decía lo que decía, que un tal Robles, un exportador de lana de oveja, no pudo devolverle el dinero que le prestó. Que le

pidió que le prorrogase los plazos de pago, y que él le dijo que no, me dijo Bedoya, como si no hablase de palabras que él usó, y que en el mercado no se sustituyen por el olvido, las cancelaciones temperamentales, el silencio del aplazamiento indefinido.

Bedoya dijo que no describiría los lloros del tal Robles, sus apelaciones al lugar común: el honor de un apellido que se remontaba a los días de la colonia, apellido que llevaban sus hijos, y que por una desdichada aventura empresaria no podía, no debía ser arrojado a los perros.

Bedoya contó que el fulano golpeó su cabeza en la alfombra, y que él, Bedoya, tan digno, quizá, como otro hombre de negocios, procuró calmar al tal Robles. Le ofreció una bebida fuerte y un cigarro. El fulano se limpió los mocos, y miró a Bedoya con ojos de oveja corrida por el espanto y a la espera del milagro que detuviese el cuchillo de la matanza.

Una libra de carne, dijo Bedoya.

El fulano, perplejo, abrió lentamente la boca. Bedoya dijo que debió prever que un argentino, que es, también, un hombre de negocios, se permite, impunemente, ciertas ignorancias.

Su mujer, dijo Bedoya. Sí o no.

El propietario de la mujer se replegó sobre el sillón, y vació el vaso de ron, o de coñac, o de aguardiente, y meditó acerca de la perdurabilidad de un apellido. Y de los costos de esa perdurabilidad. A Bedoya le divertía la lectura de los folletines románticos.

El tal Robles aceptó el trato. Al día siguiente, trajo a su mujer. Bedoya dijo que la contempló durante un largo rato, atento como un empresario criollo. Y que pensó

que la mujer era bonita, y que con el tiempo, se volvería estúpida. O loca.

No, dijo Bedoya. Llévase a la señora. No hay trato. Págueme, por favor.

Robles se llevó las manos al pecho y tosió como si se ahogara. Se le enrojecieron las mejillas y los ojos. La mujer miró a Bedoya, y Bedoya supo, por esa mirada, que podía disponer, cuando se le antojara, de una hembra en su cama. Bedoya sonrió a la pareja, con la fatiga de un caballero porteño que asistió a más extravíos de los que prefería recordar.

Robles, mudo, dijo Bedoya, se llevó a la mujer. En su casa, se metió un balazo en la cabeza, y dejó una carta, como era obvio, en la que no culpaba a nadie de su muerte, y suplicaba el perdón de su esposa, de sus hijos y de Dios.

Lucrecia se acercó a Bedoya, y extendió los brazos, y cerró las manos sobre el respaldo de la silla, y él pudo oler la cólera y el calor salvaje de ese cuerpo joven que lo cercaba, en la mañana fría y clara. Y ella, en la cocina, el inmenso fogón negro encendido a sus espaldas, agachó la cabeza y susurró en la frente de él, los dientes apretados:

¿Sabe para qué me alcanzaría la dama?

Bedoya chasqueó la lengua:

Comprendé: salvé a esa mujer de vos, no de su marido.

Lucrecia mantuvo los dientes apretados:

Lo que yo necesito para ser patrona, usted me lo va a dar. Usted lo sabe.

Estás gorda, dijo Bedoya, los pechos de ella sobre su cara, los labios secos de Lucrecia sobre su frente, los brazos extendidos, rígidos, y las manos aferradas al respaldo

de la silla desde la que él contó cómo y por qué un burgués porteño se permitía desconocer la existencia de Shylock, maestro de burgueses.

Estoy bien, dijo Lucrecia, como sorprendida por un obstáculo que su paso no esperaba.

Gorda como una vaca, y Bedoya se sonrió.

¿Quiere que le cuente por qué mandé matar al viejo Negretti?, susurró Lucrecia, el antifaz sobre los ojos, agachada sobre él, sentado de frente al fogón negro e inmenso.

Puedo imaginarlo, dijo Bedoya, el olor de la furia y el odio y el crimen, que despedía el cuerpo de Lucrecia, en su nariz.

¿Sí? ¿Está seguro?, preguntó ella, de espaldas al fogón negro e inmenso donde hervía una cabeza de vacuno en una olla inmensa y negra.

Soy juez, dijo él, y volvió a sonreír. Y le agradó que los olores de ella se confundieran con los de la cabeza de vacuno que hervía en la olla inmensa y negra.

Yo nací patrona. Y usted, que lo sabe, me va a dar lo que necesito para ser lo que soy desde que nací.

¿Cómo sabés que yo te voy a dar lo que necesitás para ser una patrona?

Lo sé, dijo Lucrecia, que sonreía. Y se quitó el antifaz.

Bedoya suspiró con ese desolado hastío que, de pronto, asalta al hombre que envejece:

El que diga que dos más dos son cuatro es un imbécil.

Y usted lo sabe, dijo Lucrecia, alegre, en la cara del hombre sentado frente al fogón negro e inmenso.

¿No te diste cuenta de que se me apagó el cigarro? Encendémelo, pidió Bedoya, fatigado.

Fue una tarde, creo. Él llegó hasta mí, tambaleándose como un borracho. Y me dijo que lo llevara a la cama. Desnudé el cuerpo que conozco como el mío: ardía como un leño encendido. Tenía una saliva blanca y seca sobre los labios y los pies helados.

Le pregunté si no quería que llamara a un médico.

Me dijo que no, los ojos cerrados.

Lo tapé con todas las frazadas que encontré en la casa, y fui a la cocina, y preparé un caldo, y calenté un ladrillo para acercárselo a los pies.

No te vayas, murmuró.

Tomó dos o tres cucharadas de caldo, y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Empezó a sudar. La fiebre, supuse, era muy alta. Cambié las sábanas dos veces, esa noche.

Esa fiebre duró unos días. Las sábanas no terminaban de secarse, colgadas sobre el fogón de la cocina. Otra tarde, su respiración se serenó. Le mojé los labios con un trapo empapado en agua, y él chupó el trapo. Le traje medio vaso de agua, y le sostuve la cabeza para que lo tomara. Tomó un par de sorbos. Después tomó más agua, y más agua. Murmuró en mi oído que no me fuera, que trajese un catre, un colchón, o lo que fuese, y que durmiera allí, en esa pieza, junto a él, pero que no me fuera.

Una noche me llamó. Descalza, con un poncho sobre los hombros, me acerqué a él. Pis, dijo Bedoya. Se había orinado en la cama. No solo eso: un manchón de caca negra mojaba el centro de la sábana de abajo y el colchón. Lo alcé en mis brazos: era tan liviano, tan frágil como las astillas que yo quiebro en la cocina, para encender el fogón. Lo tiré sobre el catre, calenté agua, cambié el colchón de su cama y

las sábanas, y lo lavé, lo bañé, entero, en una batea que traje de los fondos de la casa. Él no dijo una palabra.

A la mañana siguiente, lo afeité. Bedoya murmuró en mi oído:

Me preparo para morir.

La cara de Bedoya parecía haber empequeñecido. No sé por qué creí que, de sus labios cerrados, se filtraba una fina sonrisa pálida.

No actúe, le contesté, mis labios sobre su oído.

Le preparé un caldo. Se negó a tomar, siquiera una cucharada. Volví con el caldo, por la noche. Movié la cabeza en la almohada: que no. Le preparé papa molida y carne picada. Otra vez no. Y otra vez. Y otra vez. En alguna noche, alta la noche, yo, en el catre, cansada y harta de su silencio, de sus pedidos, de su rechazo al alimento que le cocinaba, pensé en por qué me dijo que se preparaba para morir. ¿Qué me decía con esas palabras? ¿Actuaba, como le dije yo?

Cuando le dije, antes de que se enfermara, que yo era como él, y que, por eso, él me iba a dar lo que se necesita para ser patrona sin antifaz, Bedoya me preguntó:

¿Sabés qué es la muerte?

Míreme.

Me miró, y no se rio con su risita emputecedora, y dijo que sí. Y dijo:

Escuchá... Circulan algunas hipótesis acerca de la muerte de los animales. Una, te la resumo, dice que no saben cuándo van a morir... ¿Vos sos un animal?

No me interesó contestarle. Le pedí un cigarro, y escuché, quizá, lo que dijo. Si lo escuché, lo que dijo fue esto:

Otra, es que se preparan para morir. Los elefantes, leí, se apartan de la manada, y buscan un lugar para el inicio

de su agonía. ¿Se angustian los elefantes? ¿Entienden, a su manera, que la muerte es un acto de salud?

Deje en paz a los animales: ¿qué le pasa a usted?

Buena pregunta. La respuesta en el próximo capítulo, dijo Bedoya, los ojos cerrados.

También esa noche, harta y cansada, limpié de su cama, y de su cuerpo, un largo hilo de caca negra.

¿Qué echaba para afuera el viejo?

¿Qué actuaba?

¿Por qué, harta y cansada, no deseo que se muera?

Le levanté la cabeza, al mediodía siguiente de esa noche en la que él me dijo que se preparaba para morir, acomodé los almohadones contra el respaldo de la cama, lo senté en la cama, y lo apoyé contra los almohadones. Acerqué el plato humeante de papilla y carne picada a su boca, e intenté abrirle la boca con la cuchara.

Grité:

¡Coma, carajo!

Él, los ojos cerrados, alzó el brazo, me arrancó el plato de un manotón, y lo que había en el plato, la mierdosa papilla y la maldita carne picada, que humeaban, cayeron sobre la frazada. Vi humear esa cosa sobre la frazada, y vi esa cara blanca contra los almohadones, y ese pecho flaco, inmóviles contra la blancura de las fundas de las almohadas, y levanté el brazo para golpear esa cara hasta que esa cara de viejo y ese cuerpo de viejo hicieran lo que yo, y no la mujer del antifaz, les ordenara.

Nunca sabré cómo, pero mi brazo quedó detenido en el aire, y su mano se cerró sobre mi muñeca como una argolla de fierro. Y no la soltó, los ojos cerrados.

La cara era la de un viejo, en la que los estragos de una muerte vencida quebraron los últimos resplandores de juventud. La boca era una marca alargada y tenaz, y un viejo me miraba, desde el infierno, con unos ojos helados, y que soltaban una risita no untuosa ni retobada, que me recordó a Ramón Vera.

¿A qué olí?, me preguntó.

A enfermedad.

A qué más.

A sudor... A pis. A caca.

A qué más.

A hombre limpio, cuando lo bañaba.

¿A hombre limpio?

A hombre limpio.

¿A hombre o a viejo?

A hombre.

Entonces, se sentó en la cama, y las piernas flacas y blancas le colgaron del borde de la cama, y agachó la cabeza y, lentamente, se puso de pie, los ojos cerrados.

Abrió los ojos y se sonrió a sí mismo:

No me mareo.

Y con una voz que no revelaba los cacareos de la vejez, dijo:

Quiero pastel de pollo.

¿Va a esperar que se caliente el horno?

Espero. No abusés del vino dulce para cuando cocinés el pollo. Y freí unas empanadas. Y de postre, dulce de leche, liviano y clarito... Prepará el baño.

A la hora de la cena, se presentó un hombre alto, el pelo blanco, delgado, vestido de negro, viejo para siempre. Comió, tomó una botella de vino y se sentó en su sillón.

Lo miré: ni él ni yo llevábamos antifaz.
Bedoya, un cigarro en la boca, dijo:
Contame cómo te montó Ramón Vera.

Entendé esto:
Murió el señor Domingo Faustino Sarmiento.
A partir de esa muerte, este país será campo de caza
de mediocres, canallas y generales.